

PALABRAS DEL Rdo. Miguel Limardo
AL RECIBIR EL DOCTORADO EN DIVINIDAD
DEL SEMINARIO EVANGÉLICO DE PUERTO
RICO, EL 17 DE MAYO DE 1984.

Agradezco profundamente la distinción que me confiere el Seminario Evangélico de Puerto Rico al concederme el galardón que, generosamente, ha obsequiado a mi persona.

Mi mayor deseo era comparecer ante ustedes en esta noche para aceptar personalmente la distinción y personalmente agradecerla. Una condición de salud conocida por las autoridades del Seminario y por muchos de ustedes me impiden darle ese gusto a mi espíritu, gusto que me hubiera traído hasta la gran alegría que impera aquí esta noche, hasta la gran camaradería, hasta la gran solidaridad. Ruego, pues, que le permitan a estas palabras hacerle llegar, junto con mis excusas, la expresión de mi sentimiento esta noche.

Les saludo en el nombre de Jesucristo, Señor y Dueño de nuestro ayer y de nuestro hoy, de nuestra luz y de nuestra sombra, de nuestro sudor y de nuestras lágrimas, de nuestra vida y nuestra muerte, de nuestro sepulcro y de nuestra resurrección.

En nombre de El les saludo, en nombre de El les convoco y en nombre de El les doy las gracias por regalarme el júbilo de esta generosa presencia, invisible quizás para mis ojos, pero no invisible para los ojos de mi fe, de mi esperanza y de mi amor.

Queda ya poca luz en mi mirada. Se fue la luz por ese caminito que menciona el Eclesiastés, el caminito del tiempo de todas las cosas: del hacer y del deshacer, del vivir y del morir,

del amar y des-amar, de la luz y de la sombra, de la pupila luminosa y de la pupila oscurecida. Pero, al irse las cosas por el caminito éste nos conducirá, más allá de las cosas, hasta la fuente de agua que salta para vida eterna, hasta la claridad dejada en un recodo, hasta la sonrisa misma de Dios.

Y pienso, en estos instantes, que puede el Señor llevarse nuestra mirada; puede el Señor llevarse nuestro andar; puede el Señor llevarse nuestra memoria y nuestro recuerdo; puede el Señor llevarse aún nuestra voz y seguiremos siendo de El, porque quedará todavía, en las profundidades de nuestro ser, la fe, la Fe inmensa de El y en El, que sobrevivirá la mirada, que sobrevivirá la voz. Una fe que permanecerá allí aún cuando no tuviéremos constancia de que podemos reconocerla, aún cuando la inteligencia que una vez la entendió desaparezca, aún cuando la evidencia del ánimo que la sostiene no sea ya más.

Porque la fe no desaparecerá cuando todo lo demás desaparezca. Porque la fe no se irá cuando el pensamiento que la entiende se haya ausentado, como no se ausentan el sol y la luna y las estrellas porque ya no haya mirada para verles.

Sé que mi Dios me cuida. Sé que mi Dios me lleva de Su mano. Sé que mi Dios está frente a mí y junto a mí todas las veces que le busco con el tacto de mi alma. Y sé que, aunque no haya luz en mis pupilas, El es mi luz, y veo las cosas que debo ver porque El es mi mirada. Y sé que, en la lucidez de mi entendimiento puedo reconocer mi fe, como la podría reconocer aún sin el entendimiento, porque fe y amor de Dios son hermanos, porque fe y salvación eterna son gemelos, porque fe y aliento serán uno mientras el hombre sea, y aún más allá del ser del hombre.

Aquí está mi fe. Aquí está mi esperanza. Aquí está mi vida. La dediqué al servicio de mi Señor y hasta mis últimos días será propiedad de mi Señor. No hay dudas sobre ese título de propiedad. Pertenezco a Cristo y soy, y seré, de Cristo.

Por lo demás, excluiré como el Rey David:

"Oh Jehová, tú me has examinado y conocido.
Tu has conocido mi sentarme y mi levantarme;
Has entendido desde lejos mis pensamientos.
Has escudriñado mi andar y mi reposo,
Y todos mis caminos te son conocidos...

¿A dónde me iré de tu Espíritu?
¿Y a dónde huiré de tu presencia?
Si subiere a los cielos, allí estás tú;
Y si en el Seol hiciere mi estrado,
he aquí, allí tu estás.

Si tomare las alas del alba
y habitare en el extremo del mar,
aun allí me guiará tu mano
y me asirá tu diestra.
Si dijere: 'Ciertamente las tinieblas
me encubrirán';

Aun la noche resplandecerá alrededor de mí.
Aun las tinieblas no encubren de ti,
Y la noche resplandece como el día;
Lo mismo te son las tinieblas que la luz."

Gracias, mi Dios, por Tu luz y Tus caminos. Y gracias por el reposo de Tu compasión.

Y, a ustedes, gracias por su compañía hasta ayer y por su hermandad desde hoy. Y que la fe de Cristo, y en Cristo sea como si la sangre de vuestras arterias se hiciera plegaria y inundara el corazón día y noche, despierto o dormido.

Y que nunca haya vados o corrientes entre la razón y la fe. Sólo así nunca habrá tinieblas.

Que el Señor les bendiga.